

Continué participando, como era de esperar, en la catarata de juicios que, por delitos de lesa humanidad caían en nuestro Tribunal y, pese a alguna que otra tibia objeción, mis tribulaciones ya no lo eran.

Sin dudas, era uno más del *establishment* ... y gozaba de todos los "beneficios de pertenecer".

Pero (por suerte o por desgracia siempre hay un "pero"), ese escozor primigenio ante la embestida contra los principios del Derecho, comenzó a profundizarse hace muy poco tiempo atrás. Ya no era una simple "picazón", se transformó en urticaria ... y no encuentro medicina para calmarla.

Resulta ser que hoy, dado que mis ingresos me lo permiten, vivo en un *country* de la zona norte y, mi hija, con sus 19 años, cursa su segundo año de la carrera de Derecho de la Universidad Austral; y se me ocurrió plantearme una situación como la vivida muchos años atrás entre yo, estudiante y mi padre, juez.

Imaginé a mi hija consultándome sobre el concepto de **prevaricato**. Bastó solo eso para que haya tenido que duplicar la dosis de ansiolítico que consumo desde hace ya muchos años, pero sin lograr los resultados esperados. El insomnio me domina y las tribulaciones me invadieron "en manada".

No me siento capaz de enfrentar su pregunta, sabiendo que deberé bajar la cabeza y buscar alguna excusa para no mirarla a los ojos. ¡Cuánto envidia a mi padre!

Es así que he tomado una decisión irrevocable.

Voy a responderle con la cabeza erguida y mirándola directamente a sus hermosos ojos. No será hoy, será cuando nos reencontremos y mi honor este restaurado.

Introduje el cañón del Colt 38 Detective Special de 2,5 pulgadas en mi boca y disparé.